

Entrevista a Carlos Martín Beristain

Carlos Martín Beristain es médico y especialista en educación para la salud. Ha trabajado durante varios años en El Salvador, México, Guatemala y Colombia con grupos de Derechos Humanos y comunidades de despiadados en proyectos de atención a las víctimas de la violencia, y escrito varios libros vinculados a su experiencia de trabajo, [1](#) Las preguntas acompañan el mapa de su recorrido a través de kilos de pensamiento y de práctica alrededor de la cultura de la violencia: como objetor frente a su institucionalización militar, en su tarea de acompañamiento a personas y comunidades golpeadas por ella, en sus reflexiones y sus propuestas para la reconstrucción en sociedades fracturadas por las dinámicas de la violencia.

Empecemos a enhebrar el hilo de la entrevista por tu participación en el Movimiento de Objeción de Conciencia (MOC) ¿ Qué fue para ti esa experiencia?

Conocer a los primeros objetores fue muy importante: cuando planteaban negarse a ir al ejército era algo que vivían. Esa lucha tenía la fuerza de la coherencia entre lo que decían y lo que hacían, a diferencia de los partidos políticos en los que yo percibía manipulación. Me hice objetor a los 17 años, antes de tener la edad legal de la obligación de incorporarse al ejército. No quería participar en el ejército y todo lo que suponía de obediencia y negación de la identidad, pero también del comercio de armas, la militarización y miseria en el mundo. Eso fue hacia 1976. En aquellos años se empezaron a formar los primeros grupos locales que fueron la base del MOC. En la época de la transición, como fue sucediendo luego también, no sabían qué hacer con los objetores y decidieron aplazar el problema. Así hicieron una ley de incorporación aplazada que era algo parecido a una prórroga indefinida. Mientras, nosotros fuimos creciendo. A mediados de los ochenta éramos cerca de doce mil en esta situación y otra mucha gente participaba en los grupos antimilitaristas. Después quisieron quitarse el problema de en medio dando una especie de amnistía. Pero no fue el fin de nada, sino el inicio de la campaña de insumisión. Además, había un planteamiento anti-militarista que fue el germen de muchas movidas pacifistas.

Y una actitud política de desobediencia, de negar legitimidad al Estado, que luego siguió en el movimiento de insumisión.

Se trataba de plantear nuestras propias claves, no aceptar los términos que imponía el Estado, deslegitimándolo, sacándolo de su lógica. La objeción y la insumisión para nosotros eran lo mismo. Es el Estado el que trató de darle otra categoría a la objeción con la ley sobre servicio civil, pero eso también fracasó. Pero ya había debates sobre la insumisión mucho antes. El primer artículo que se publicó aquí sobre la insumisión salió en un boletín del MOC en 1980 que se llamaba El Galgo: salía de la multicopista, corría de mano en mano y tejía una red invisible.

En el libro *La insumisión encarcelada*, está presente esta opción política de desobediencia y de vivir los valores con una vinculación entre la experiencia individual y el movimiento colectivo que se traduce en voces, algo que has seguido haciendo en otros libros...

*El libro *La insumisión encarcelada* nació como experiencia de acompañamiento a algunos insumisos. Se trataba entonces, y también luego en otros textos, de rescatar la experiencia de la gente sin que las personas fueran vistas como víctimas, ni como héroes. Cualquiera de estas dos cosas supone una cosificación que impide el apoyo y reconocer lo que puedes escuchar y aprender de otro. Cada libro nace con una convicción, y ésta era la de descubrir nuevos rumbos a partir de la experiencia de resistencia y cárcel. Había muchas cosas que aprender de los insumisos presos para la lucha de la insumisión. Pero también una experiencia útil para los que están dentro o podían estarlo en el futuro, cómo afrontar el aislamiento, conocer otro mundo y aprender después a vivir con eso fuera. Ese libro era una especie de estela de un camino que estaba haciendo mucha gente: muestra algo, pero la gente va por delante.*

Hay que dejarse tocar por la experiencia del otro. A pesar de que muchas de esas experiencias sean duras, terribles —como en el caso del proyecto Recuperación de la Memoria Histórica (REMHI)— hay una verdad y un latido que nacen de ese compartir. Escuchar testimonios, acompañar o escribir sobre procesos te lleva a muchos lugares. Cuando trabajábamos en el REMHI me tocó leer cerca de mil testimonios. Cada uno de ellos era un viaje a la historia de alguien. Es un camino de ida y vuelta, como dicen los mayas, aunque a veces encontrar el camino de vuelta no es fácil o lleva su tiempo descubrir dónde te ha llevado.

Desde hace unos doce años trabajas con personas que han sufrido el impacto de la violencia, la tortura, ¿cómo en/rentas esta tarea?

Dar voz a la memoria, desafiar el espacio que separa

Escrito por Elena Grau

Jueves, 20 de Enero de 2000 11:45 -

El impacto de la violencia siempre es algo que me ha movido. La tortura no es sólo un dolor intencional, sino un ataque a la identidad: la intención es destruirte, que el dolor sea tu sombra toda la vida. Eso supone abordar «te-mas» en los que la respuesta es imposible. No sirven las respuestas simples, ni la respuesta tecnológica de creer que tienes el método adecuado, una técnica te-rapéutica que lo resuelve. Esto te deja en una situación de desnudez. Es una desnudez común a la de la víctima. No puedes dar una respuesta, pero tienes que estar dispuesto a compartir, a hacer una parte del camino con ella. Acompañar, mostrar solidaridad, aprender, puede parecer que no tiene sentido o que es poner tiritas frente a problemas sociales. Ese camino parece que no lleva a ningún sitio pero es una experiencia que se necesita para cualquier proceso de emancipación. Pero para aprender hay que empezar siempre de nuevo. Cada taller, cada encuentro, hay que prepararlo pensando en la gente con la que vas a trabajar, no se puede repetir. Y no se sabe si sirve porque para eso necesitas a los otros. Es un ejercicio de esperanza donde parece que no la hay. Una apuesta por la confianza para enfrentar las consecuencias de la violencia y para apoyar la lucha contra sus causas.

Imagino que no es fácil colocarse, saber dar y recibir ...

Me gustan las cosas cuando tienen la dimensión de compartir que es lo que nos hace crecer. No sirve la autolesión, el estajanovismo. Mi padre era obrero estibador del puerto, la conciencia del mundo. Mi ama tenía la capacidad de dar energía a todos, la alegría. Yo trato de aprender...

Tu primera experiencia en Centroamérica fue en El Salvador.

Mi amigo Francesc me propuso colaborar con Brigadas Internacionales de Paz participando en un taller sobre la atención a personas torturadas que organizaban varios grupos de derechos humanos, sindicatos, universidades. Se trataba de formar gente para el apoyo y denuncia en los casos de tortura. Aquél era un desafío que preparé concienzudamente, pero a pesar de ello sentía que no estaba preparado, ahí empecé...

Pero tal vez en Guatemala, con el proyecto de Recuperación de la Memoria Histórica

(REMHI), el desafío fue todavía mayor.

Antes hubo muchos aprendizajes que después nos llevaron hasta el REMHI. Sobre todo el trabajo con las comunidades mayas, y especialmente con las Comunidades de Población en Resistencia, desplazados internos convertidos en objetivo militar por el ejército y que desarrollaban un nuevo tejido social en medio de la guerra. El REMHI fue un gran paso colectivo que fue creciendo a medida que se hacía. La primera idea, que partió de la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala, era recoger testimonios para dar insumos a la Comisión de Esclarecimiento Histórico; el trabajo, tal como se había estructurado, debía estar hecho en seis meses. Pero este primer planteamiento entró en crisis cuando empezamos a preguntarle a la gente. Ellos nos dijeron que querían la memoria para reconstruirse, y eso llevó a reformular el proyecto y la metodología. Se trataba de recoger la experiencia de la gente, no sólo recabar datos, y de apoyar la reconstrucción del tejido social de las comunidades. Muchas de las personas que realizaron las entrevistas pertenecían a comunidades golpeadas, trabajaban sobre experiencias que compartían.

Esto creaba un clima de confianza pero también hacía necesario el apoyo mutuo. La gran energía de ese proyecto era la gente que hizo ese trabajo de campo, los coordinadores locales, etc. que siguen trabajando con sus comunidades.

Y en este proceso se creó una energía que permitía decir lo que nadie antes se había atrevido.

Antes la energía estaba atada por el miedo y la complicidad con la «verdad oficial». Esto marcaba los límites. Por su parte, la gente se reservaba, para que no le criminalizaran, aunque había muchos grupos que habían empezado a hacer denuncias y a quebrar el silencio. Con el proyecto de Recuperación de la Memoria se liberó una energía que era imprevisible, no sabíamos qué iba a suceder cuando empezáramos a recoger testimonios, pero esos mismos testimonios fueron generando un proceso nuevo. Este proyecto se basaba en una convicción antigua, aunque muy prostituida en la actualidad, de que cuando las cosas pueden encontrar las palabras para expresarse, para que se reconozca la experiencia, entonces la palabra moviliza para el cambio.

Hace unos meses, trabajaba con un grupo de sindicalistas de Colombia. En la evaluación empezaron a echar cuentas de cuántos talleres iban a poder hacer ellos con su gente, contando que si podían hacer veinte, llegarían a todos los trabajadores temporales de la

Dar voz a la memoria, desafiar el espacio que separa

Escrito por Elena Grau

Jueves, 20 de Enero de 2000 11:45 -

empe-sa y eso les llevaría a dar la vuelta a su situación. A alguien le puede parecer una ingenuidad, pero son la gente más curtida en las luchas sindicales de ese país, y dijeron una cosa hermosa que también nos cuestiona a quienes traba-jamos en derechos humanos: por prime-ra vez sentimos que, para otros, somos personas y no sólo una estadística de muertos.

Para poner otro caso, el zapatismo nace en un lugar donde todo lo que se podía decir, hablar de la revolución por ejemplo, ya estaba dicho por el Estado-ejército-partido. Entonces la palabra no servía para nada. Pero el zapatismo plan-tea la confrontación en otro plano, su palabra y su práctica estaba en una ló-gica no asimilable por el sistema, y abrió otro espacio. En Guatemala hablar era un movimiento colectivo dirigido a res-catar la propia dignidad.

Con la fuerza de la verdad...

Cuando me preguntaba para qué escri-bir el informe REMHI, si ya se conocía que hubo un horror, había palabras grandes que lo justificaban: la Justicia, la Verdad. Pero cuando estábamos escri-biendo el informe estas palabras grandes no movilizaban mi energía frente ese enorme desafío. Entonces me acordaba de los testimonios que había leído, de lo que le había movido a esa mujer a dejar su casa para llevar sus recuerdos y espe-ranzas a alguien que le iba a escuchar, y que aquello iba a servir para que se co-nociera en el mundo. Era la energía de la gente el aire que nos llevaba. La ver-dad es esa palabra vinculada a la expe-riencia con capacidad de acción.

Cuando escribí el capítulo que se refería a los niños, que era uno de los más crueles, lo hice de un tirón porque lo que nos había transmitido la gente al contarlo era un sentimiento de cariño hacia ellos. En cambio el capítulo sobre los victimarios, sobre el adiestramiento etc., nos costó mucho escribirlo, porque aquello eran las tripas de la burocracia del horror: los mecanismos que hicieron posible las atrocidades, mostrar la pla-nificación sistemática y sus autores. Eso no lo perdonaron quienes ordenaron matar al obispo Gerardi, el impulsor del proyecto REMHI, después de la presen-tación pública del informe.

La tarea de reconstrucción del tejido social después de situaciones de violencia se sitúa más allá de lo que han sido hasta hoy los objetivos de molimientos como el pacifista o el

de defensa de los Derechos Humanos.

Es una perspectiva que falta en la lucha por los Derechos Humanos. La denuncia ayuda a visibilizar el sufrimiento. Pero ¿qué pasa con las personas que han sido golpeadas? No se puede convertir el problema colectivo en individual tratando a las personas como casos clínicos y, puesto que tiene una dimensión colectiva, hay que generar nuevas redes de apoyo y reconstruir también muchas relaciones sociales.

En el texto justicia y Reconciliación dices que el trabajo de reconstrucción del tejido social se parece a la poesía que, según John Berger, no puede reparar ninguna pérdida, pero desafía el espacio que separa. ¿Se trata entonces de rehacer una situación en la que se pueda convivir con la memoria del dolor y a la vez crear nuevos lazos entre las personas y entre ellas y lo colectivo?

Reconocer que no se puede reparar ninguna pérdida creo que es abordar el problema con honestidad intelectual y afectiva. No podemos tener una visión superficial, o falaz, de lo que significa el daño producido por una situación de violencia. Mucha gente va a tratar de olvidar lo que ha vivido, como una manera de tratar de rehacer su vida. Sin embargo, cuando más tratas de olvidar, más rebota el malestar. La gente va a buscar un equilibrio entre el olvido y la memoria. Una memoria que le ayude a rescatar no solamente el dolor, sino también la solidaridad, las cosas positivas de la persona, o del colectivo al que pertenece, o de la gente con la que trabaja. Creo que en este espacio, que es una fractura, sin embargo hay cosas que pueden nacer.

Tite Mugrefya un psicoterapeuta rwandés, hablaba de cosas sobre su trabajo en Rwanda que eran muy parecidas a las que yo conocía de Guatemala, situaciones que han vivido pueblos que han sufrido genocidio. El decía: nosotros trabajamos también con la memoria porque es una manera de que la gente recupere su propia estima. Utilizan este rescate de la memoria que les ayude a encontrar sus raíces y no ver su identidad ligada al desprecio y la destrucción, para encontrar sentido de nuevo a tener hijos, reaprender a jugar y a vivir.

Creo que ahí hay un desafío que se para, frente a una irreparabilidad de la pérdida y de las atrocidades. Muchas veces me han preguntado, cómo aguantas durante tanto tiempo trabajando en situaciones difíciles, con gente que ha sido muy golpeada. Pero también he aprendido mucho de las víctimas, me han dado muchas cosas. Es más una dimensión de intercambio.

Verdad y reparación. Reparación es la verdad más allá de la confirmación del daño. ¿De qué forma la verdad, y por tanto el trabajo de recuperación del sufrimiento de las personas, tiene una función reparadora para las víctimas y para la sociedad?

Cuando esa experiencia no ha sido re-conocida socialmente, no ha sido validada, mucha gente va a quedar ligada a su propio dolor, a un pasado que le ha roto. Una manera de liberarse de ese pasado es la posibilidad de convertir el sufrimiento personal —individual y silenciado— en algo público, reconocido, algo que se puede expresar. Para las víctimas y sus familiares puede ser importante no sólo expresarlo, simbolizarlo, sino también que se convierta en una palabra que es escuchada colectivamente. Aunque muchas de esas experiencias se han vivido de forma individual tienen una causa social y entonces el proceso de reparación tiene que ser también un proceso que mantenga una relación dialéctica entre lo individual y lo colectivo.

Pero también porque hay la esperanza de que se convierta en una conciencia colectiva o haya algún tipo de sanción frente a los hechos. En muchos de los pueblos de los que estamos hablando el problema no es sólo que no se haya castigado a los culpables, sino que hay que reconstruir un sentido de justicia para que la gente pueda convivir porque la impunidad sigue siendo la norma: establecer un puente entre la experiencia de las víctimas o sobrevivientes y la experiencia más global de la sociedad.

En situaciones de conflicto violento o guerra, determinadas poblaciones o grupos políticos, etc., han construido memorias muy defensivas que distorsionan la realidad, ocultan problemas o manipulan asociaciones entre los hechos. Cuando se lleva esto al extremo, y se construye una identidad muy rígida o en oposición a otro, se alimenta un modo de conflicto violento o excluyente que genera nuevas formas de marginación social.

¿Cómo podría contribuir el trabajo de la memoria en este sentido en un conflicto como el del País Vasco?

Mucha gente que ha estado cercana o que ha apoyado la lucha armada de ETA, tiene que reconocer el sufrimiento que esto ha provocado. Mucha gente que ha justificado o que ha dicho que la tortura es inexistente, tiene que reconocer que la tortura existe y que los BVE-GAL han sido una parte del aparato del Estado. Esto es algo que ahora mismo no se da y que cumple una función de legitimación de la propia posición. Hay gente que si hay un atentado lo va a justificar diciendo: nosotros también hemos sufrido, ahora que sufran ellos. Y por otro lado, gente que ha exaltado al ministro del Interior o a un general de la guardia civil implicados en la guerra sucia o han condecorado a torturadores. Cuando esto se dé, entonces esta memoria estará ayudando a romper las distorsiones y también a hacer autocrítica. Creo que eso contribuiría a un cambio de culturas políticas que ahora mismo se están polarizando.

En la propuesta que se hace en el libro *Violencia, apoyo a las víctimas y reconstrucción social. Experiencias internacionales y el desafío vasco*, el hecho de situarse en el terreno del sufrimiento de las personas que han sido golpeadas permite mirar el conflicto desde otro lugar. ¿Podría ser ésta una forma de dar paso a otro modo de abordar este conflicto?

Es un lado basado en valores para un proceso de reconstrucción. Y también, en parte, el centro del problema: por que hay una dimensión trágica que le convierte de por sí en un elemento central; pero también porque de forma práctica uno de los factores que está conllevando más polarización y más legitimación de la violencia es el propio sufrimiento y el propio miedo. Yo no critico que la gente se polarice por sufrir ese dolor. Es una reacción normal. Pero lo que sí que critico es que eso justifique la propia posición y se ideologice como si fuera un análisis de la realidad, —o, aún peor, se le dote de un componente autoritario. La cosa es ¡déjame en paz porque la cosa es así! entonces no hay discusión.

Si se hace ideología política del dolor se termina reforzando las alternativas más rígidas y sectarias. Entonces, no sólo es mirarlo desde otro lado porque haya una dimensión humana que es común debido al impacto de la tragedia, sino también porque hay parte de la dinámica que está alimentada por esto.

Empezar a desactivar esto ¿se puede hacer sólo desde la gente, desde el tejido social?

Dar voz a la memoria, desafiar el espacio que separa

Escrito por Elena Grau
Jueves, 20 de Enero de 2000 11:45 -

Dejar las cosas en manos de los partidos políticos o los medios de comunicación está llevando a caminos sin salida.

Se necesitan voces críticas que ayu-den a plantear alternativas y desmontar las representaciones dominantes del con-flicto. Creo que hay otro tipo de miedo ahí. Goytisolo, Grass o Saramago han llamado la atención últimamente sobre la preeminencia de las políticas empresa-riales respecto al derecho a la informa-ción. Creo que la información sobre el País Vasco es un ejemplo muy claro de ello. Un mínimo acuerdo sobre un códi-go deontológico por parte de los medios de comunicación a la hora de informar y hablar de este tema sería básico.

Si tomamos el pequeño ejemplo del libro, hacerlo era meterse en un lío en el que te pueden dar por todos los la-dos, porque cada quien puede tratar de encontrar elementos que justifiquen su posición o sentirse cuestionado. Enton-ces, puedes pensar, mejor no. Pero no, mejor sí, necesitamos llenar de conteni-do los debates y propuestas, y vamos a hacerlo. Hay que atreverse.

Abrir otros espacios que no sean los de la polarización. Hay momentos en que las co sas dan un vuelco y las cosas legitimadas pasan a estar des legitimad as, por ejemplo en Irlanda...

No sólo en Irlanda, el muro de Berlín se cayó de un día para otro como otras muchas cosas. En la tregua, yo recuer-do ir por la calle y encontrarme con una serie de gente que me hablaban con una alegría y una situación diferente. Y se empezaron a desencadenar cosas que hacía unas semanas eran impensables. Esto muestra además una capacidad de recuperación de la sociedad. Una socie-dad que ha sido sometida al impacto de la violencia y a la polarización, pero eso no significa que la gente sea así. Tam-bién lo que ocurrió en Catalunya en la manifestación por la muerte de Ernest Lluch y la demanda de negociación al gobierno. Esto muestra que hay cosas que no están borradas, que tienen fuer-za y no pueden expresarse a veces por la propia dinámica de violencia, pero que están presentes.

Abrir espacios es plantear las cosas desde un punto de vista diferente, como cuando hablábamos de la objeción. Cuando empezamos los objetores éramos «cuatro», no pensábamos que íbamos a crecer tanto, no sólo en la movilización social sino en el cuestionamiento de la conscripción y el ejército. Pero estábamos con la idea de que la tecla en la que está-bamos dando era la tecla en la que ha-bía que dar: la desobediencia civil para dejar de mantener una situación de in-justicia. Un ejemplo de esta idea lo apren-dí luego de los

Dar voz a la memoria, desafiar el espacio que separa

Escrito por Elena Grau

Jueves, 20 de Enero de 2000 11:45 -

mayas. En un encuentro en una comunidad un cura llegó a hablar con los sacerdotes mayas. Les habló de Jesús, de la Iglesia y demás, y el sacerdote estaba atento. Cuando después de una larga charla el cura terminó, los otros le respondieron amablemente: eso que us-ted dice es bonito, me gusta, rasca... pero rasca donde no pica.

1 Algunos de sus libros se citan en la entrevista: La insumisión encarcelada, Barcelona, Virus, 1992; Justicia y reconciliación. El papel de la verdad y la justicia en la reconstrucción de sociedades fracturadas por la violencia, Cuadernos de trabajo n- 27, Hegoa, Bilbao, febrero 2000; Violencia, apoyo a las víctimas y reconstrucción social, Madrid, Fundamentos, 2000. Otros libros suyos son: Viaje a la memoria, Barcelona, Virus, 1997; Reconstruir el tejido social. Un enfoque crítico de la ayuda humanitaria, Barcelona, Icaria, 1999. Entre 1995-1998 participó en el equipo del proyecto REMHI, y fue coordinador del informe Guatemala Nunca Más.